

# EL OBRERO DE LA TIERRA

Órgano semanal de la Federación Española de Trabajadores de la Tierra

Redacción y Administración: Fernández de la Hoz, 51. Teléfono 41665

## ¡Trabajo! ¡Trabajo!

He aquí el grito unánime de la gente obrera del campo. «Queremos trabajo», les oímos decir constantemente. «No pedimos más, no deseamos más. Acudimos—agregan—al Gobierno en demanda de ocupación porque los propietarios de la tierra se niegan a realizar los trabajos que exige cada época y las autoridades locales y provinciales no les obligan a llevar a la práctica esta labor.»

En los pueblos españoles no se cumplen las disposiciones legales que benefician a los obreros de la agricultura, lo mismo si emanan de las Cortes que si proceden del Poder ejecutivo. Para muchos caciques no hay leyes que cumplir. Aún conocemos casos de alcaldes que afirman que en sus pueblos son ellos los amos y que nadie está por encima de sus decisiones. Digamos de paso que alguna razón tienen en cuanto afirman. Hay alcaldes radicales, sobre todo, que son inamovibles, aunque cometan desafueros; en cambio, se destituye a los socialistas con gran facilidad y con cualquier pretexto.

Volvamos al tema. El trabajo ha cesado en el campo. Es posible que en algunos pueblos de la sierra no se hayan terminado del todo las faenas de la recolección; pero en la casi totalidad del país el paro es completo, y desde hace algunas semanas. Nuestra Federación no ha descuidado este tema. Hace ya bastante tiempo que obra en poder del Gobierno un escrito solicitando ocupación para los obreros campesinos; antes de enviar dicho documento se habían remitido ininidad de cartas con la misma solicitud. No se nos puede, pues, tachar de imprevisores. ¿Qué hará el Gobierno ante esta situación? Nosotros pedíamos que acudiera a las Cortes en solicitud de un amplio crédito con destino a obras públicas. Si lo hiciera podría mitigar el paro y enriquecer al país. Son muchas las obras hidráulicas que se necesitan realizar; suponemos que de la mayoría estarán terminados los proyectos y de las obras podrán acabarlas sin demora. ¿Por qué no se emprende esta labor? Movilizar el dinero para construir obras reproductivas que enriquezcan al país ha de ser mejor que destinarlo para llevar la fuerza pública de un lado para otro o para concentrarla en aquellos sitios donde la miseria obligue a los obreros a protestar.

El Gobierno de la República tiene que atender a los trabajadores que le demandan ocupación; con esto que haga no habrá riesgo ninguno para el nuevo régimen. El peligro contra la democracia puede venir por ahí. La desesperación no será nunca buena consejera, y en este estado de los que no tienen para comer. Ver todos los días cómo la familia, los seres queridos, pasan hambre porque se carece de jornal, siendo útil para ganarlo, constituye un tormento que no todos los hombres que lo sufren lo pueden resistir con serenidad. El trabajo no puede negársele, no debe de faltarle a quien o quienes siendo aptos para ello no tienen otro patrimonio para sostener a los suyos. A conseguir esta finalidad tienden nuestros esfuerzos.

Ya hemos dicho en varias ocasiones que la legislación que hoy rige sobre laboreo forzoso es muy pobre; se aplica con gran timidez o no se cumple. Al arrebatar a las Comisiones de Política rural su función ejecutiva se inutilizó la ley casi por completo. Es posible que se cometieran abusos por alguna de estas Comisiones; pero eso debió evitarse imponiendo sanciones y no arrebátandole la esencia de la disposición legal.

En este caso, como en otros muchos, triunfó la clase burguesa del campo. Es cierto que los terratenientes se irritan cuando hablan de esta ley; la odian casi tanto como a la mal llamada de Términos. No nos extraña; su posición es la de no ceder en nada, seguir manteniendo sus privilegios, su poder onimodo; es decir: continuar como se encontraban antes de que la República fuese instaurada.

Sin embargo, con este u otro régimen, aquellos tiempos no volverán. Los trabajadores del agro han aprendido en pocos años muchas cosas. Saben hoy que tienen derecho al trabajo y a vivir, y no se resignan a perderlo. La sumisión de otras épocas pervive en el campo entre unos cuantos que aún viven, piensan y trabajan para el amo; pero cada día son menos numerosos estos infelices de espíritu débil, que se someten voluntariamente a los caprichos y exigencias de quienes les explotan. En cambio, aumenta de día en día la gente que no quiere resignarse a pasar hambre. Los jóvenes principalmente son los que dan a las organizaciones obreras de nuestra Federación el mayor contingente. Hacen bien. Tienen muchos años de vida que recorrer para caminarios entre persecuciones y hambre. Generalmente, esta juventud está, aunque no bien, menos mal instruida que sus progenitores. Esta mayor instrucción les hace comprender que no desmerece su obra de la que cualquier otro ciudadano pueda realizar, y se sienten con deseos de pedir que cese la vida miserable que hasta ahora han sufrido y aún vienen soportando y se les permita alcanzar un mayor grado de bienestar, al que se creen con derecho. Nosotros sostenemos también esta pretensión porque es justa. Los obreros dedicados a la agricultura realizan una función social elevada, tan alta como cualquier otro ciudadano que trabaje. ¿Por qué, pues, han de ganar menos salario, se les ha de perseguir por los patronos no dejándoles pensar como ellos quieren y se les ha de someter a una vida pobre sin cultura ni atractivos? Esta posición no puede continuar. Al campo hay que llevar trabajo para que no falten los jornales y hay que hacerlo sin demora porque la crisis es agudísima y se agravará más cada día que pase. La República tiene que conjurar este peligro

de la falta de ocupación. El problema es difícil, pero no insoluble. Hay mucha tierra inculta que puede cultivarse; son incontables los propietarios que cultivan mal por ahorrarse jornales en algunos casos, y con el avieso propósito en otros de aumentar el paro forzoso, creyendo que con ello perjudican a la República. Utilizando estos dos procedimientos, que pueden conjugarse con las obras públicas que debe comenzar el Gobierno inmediatamente, se podrán atenuar en el campo los estragos que ocasiona la falta de ocupación. Hay que dar trabajo a quien no tiene otro medio para vivir. Es justo y es urgente.



Las últimas faenas de la recolección. Dos meses escasos de trabajo y hasta otro año.

## La ley de Reforma agraria

Se dice que ahora va de verdad y que se aplicará inmediatamente la ley de Reforma agraria. Puede suceder que se tome tal o cual finca de los encartados en el complot de agosto o de alguno de los que tuvieron grandeza en España; pero esto no es la Reforma agraria. Si efectivamente se quiere ir a la aplicación de la ley, deben tomarse las tierras que se determinan en la base 5.ª de la misma, y comenzar en seguida a entregar a las Sociedades obreras las que sean de secano, según dispone la base 11, y también a los obreros que no tengan bienes de fortuna y sean labradores, en la forma que lo determina la citada ley. No queremos ficciones, sino realidades; menos aparato y más substancia.

¿Cuántos censos se han creado desde que se publicó la ley? ¿Cuántos asentamientos se han hecho? Es sabido que provisionalmente pueden verificarse estos asentamientos en tierras que reúnan las condiciones debidas, y como entre las que comprende la base 5.ª antes citada las hay de magnífica calidad, en ellas deberían estar trabajando por su cuenta y como asentados unos millares de obreros del terruño. No se ha hecho porque en el Instituto de Reforma Agraria hay ininidad de personas que por sus actos más parece que son enemigos de la Reforma agraria que encargados de su aplicación.

Urge poner término a este estado de incertidumbre. La clase obrera que forma parte de este Instituto ha hecho y hace cuanto puede para corregir los defectos y contrarrestar las interpretaciones que se dan en contra de la ley misma. Pero no es suficiente esta perseverante labor. Se requiere también que los obreros de todas partes vayan conociendo dónde está el mal y nos ayuden a vencerlo. Ya os tendremos al corriente de cuanto se trate en este desdichado Instituto, que, más que de Reforma Agraria, debería llamarse contra la Reforma agraria.

## Más obreros asesinados

Ahora en Miajadas, antes en Villaseca, con anterioridad en otros pueblos. He aquí el trágico e indignante balance. Los obreros son asesinados por los patronos, con poco celo por parte de la autoridad para impedirlo. Todo el mundo sabe que no hay ricacho de pueblo que no disponga de un arma, por lo menos. Los que regatean a los trabajadores unos céntimos en sus salarios y se abstienen de laborar sus tierras como es debido para no facilitar jornales que podrían pacificar los espíritus, se gastan bastante dinero para adquirir armas de fuego. Esto se conoce por las autoridades, y, sin embargo, no se ponen los medios para impedirlo. Vivimos unos momentos de constante provocación del elemento patronal. Con cualquier pretexto ofenden y persiguen a nuestros camaradas; es suficiente que se organice y surja de pronto una pacífica manifestación para que los caciques se unan y comiencen a disparar sus pistolas contra obreros indefensos. Estos crímenes, que se vienen repitiendo con mucha frecuencia, la mayor parte de las veces quedan impunes. Así se envalentonan los caciques y sus protectores.

Se nos dirá que en diversos casos se han nombrado jueces especiales. Esto es cierto; pero también lo es que nosotros tenemos razón en cuanto queda dicho.

De cómo se administra justicia en nuestro país tenemos un concepto deplorable. La experiencia nos ha hecho escépticos. Hemos sufrido bastantes veces, antes de ahora, persecuciones de la justicia burguesa y por ello sabemos cómo piensan los encargados de administrarla. Cuando se trata de provocaciones patronales, de crímenes cometidos por los caciques, no se encuentra casi nunca a sus autores; los sumarios se sobreesen por falta de pruebas; en cambio, es suficiente que cometan los trabajadores el deslíz más insignificante para procesarlos y perseguirlos con verdadero ensañamiento. Es cierto, y nosotros lo proclamamos, que hay personas encargadas de administrar justicia que no proceden en la forma que antes censuramos; pero quienes se preocupen de esta materia tendrán que convenir, con quienes así pensamos, en que los hechos que se vienen sucediendo en nuestro país nos autorizan para sentirnos tan escépticos cuando se trata de imponer las sanciones que las leyes determinan a los caciques agresores.

Es mal camino este de dejar impunes los crímenes que se cometen. Sea quien fuere el criminal, la justicia debe ser igual para todos. Si quien disparó y ocasionó la muerte de un semejante es rico o cacique, o ambas cosas a la vez, no debe servirle ninguna de estas ventajas para alcanzar la impunidad. Hágase justicia estricta, equitativa, sin distinción de clases y personas; desármese a los caciques, a los propietarios — ya hemos dicho que los obreros no tienen armas —; castíguese con la severidad que merecen las provocaciones y agresiones de los señoritos valientes, que con sus constantes majezas están provocando a los trabajadores, y con ello se evitarán mayores males. No siempre ha de tener la clase obrera la resignación de que hasta ahora viene dando pruebas. Quizá que si se siguen asesinando obreros indefensos pueda pensar en colocarse en condiciones de defensa que le permitan hacer frente sin desventaja a las agresiones patronales. Basta ya de crímenes; cese la burguesía de asesinar obreros; no más hombres muertos por las balas de los caciques o de las autoridades. Ya es tiempo de que triunfe la justicia y de que acaten las leyes de la República y cesen en sus persecuciones los caciques de ayer, de hoy y de siempre, que por mantener su dominio, su caciquismo odioso, llegan hasta el crimen.

## Interpretadores del derecho

Apenas instaurada la República, cuando se comenzó a examinar los problemas urgentes que tenía que resolver el nuevo régimen, todos, sin excepción, coincidieron en uno: la reforma agraria. Había que conceder al campesino lo que por derecho le correspondía, ya que era factor importantísimo en la vida del país y que todavía en algunos lugares vivía sometido al yugo de la servidumbre.

La síntesis del problema estaba aceptada por todos los republicanos, sin distinción de matices; pero cuando llega el momento de plasmar en ley el espíritu de la reforma surgen los inconvenientes: se levantan los abogados; interpretan los profesores de Derecho desde los escaños del Parlamento y en confe-

rencias públicas, sin faltar la campaña de prensa, a fin de poner en guardia al capitalismo rural a pretexto de que la Reforma agraria es una ley netamente socializante.

¿Qué pasó para que surgieran estos inconvenientes? Sencillamente, que la ofensiva capitalista envió en las mallas de sus combinaciones a los partidos republicanos poco curtidors en la experiencia de un pasado, amenazando con retirar sus capitales si se aprobaban las leyes complementarias de la Reforma agraria.

En España se soñó por los espíritus románticos en el advenimiento de la República como la consecución de todas las aspiraciones contenidas en programas de partidos de izquierda, sin ad-



vertir que los hombres puros de épocas pasadas serían envueltos por las ambiciones de los republicanos de última hora, que, a pretexto de males intensos, agitarían a la pequeña burguesía para colocarla en enfrente de los, a su juicio, equivocados, sino contra el régimen republicano.

La transformación del país no podía ser una cosa accidental para después continuar escribiendo la Historia con el único cambio de haber suprimido la herencia del trono. Habíamos vivido horas amargas anteriormente, soportando, de un lado, el insulto de los secuaces del Borbón, y de otro, la incapacidad de los republicanos que jugaban a la conjetura con la irresponsabilidad que les caracterizaba, e incapaces de reunir una masa de opinión capaz de un esfuerzo postrero. Vimos el juego de los extremismos, y cuando, cansados de soportar tanta farsa, nos lanzamos a un movimiento para derribar el régimen monárquico, todos ellos, sin excepción de matices, cantan las excelencias de los socialistas, aceptan el programa mínimo de las reivindicaciones de los trabajadores del campo, para más tarde, cuando tienen un régimen establecido, surgir los ambiciosos, los leguleyos, los interpretadores constitucionales, para gritar al pueblo: «¿Adónde van los socialistas?» Eso preguntamos nosotros: ¿Hacia dónde caminan? Porque tenemos motivos suficientes para sospechar que sólo cambiamos lo externo, puesto que los legisladores no son suficientemente republicanos, ya que en la hora presente se agitan no para estructurar el país conforme a los postulados de una democracia moderna, sino a fin de perpetuar los abusos y corruptelas de la monarquía.

¿Por qué restar al obrero del campo lo que en justicia le corresponde? Porque no se defiende por los republicanos más que los privilegios de la clase capitalista que engrosó sus filas a fin de boicotear las reformas que el nuevo régimen trae consigo. ¿Qué extraño es que los socialistas seamos defensores del campesino?

Somos defensores de una clase social porque nuestras doctrinas lo exponen, mientras que los republicanos que alardean de una República igualitaria defienden en los pueblos al caciquismo, en las ciudades a las clases industriales intransigentes, movidos no por una idealidad de burgueses, sino con mixtificaciones de teorías que hacen ver al país su política de izquierdas, mientras sus gobernadores son consecuentes colaboradores del extremismo burgués que en muchos pueblos se hizo republicano.

No es posible que ignoren la tragedia del campesino; pero, sin embargo, combaten sus aspiraciones, pretendiendo por sistema cercenar la libertad que las leyes conceden, aplaudiendo a profesor de Derecho que en estas Cortes representa el criterio centrista no equilibrado con arreglo a las nuevas normas que el mundo marca, sino coincidiendo con las derechas españolas cuando de arremeter contra la clase obrera se trate, con el fin de alarmar a todos exclamando: «¿Gobiernan los socialistas!»

Hora es de deslindar los campos, porque la corriente capitalista en España se encauza para negarnos todo derecho, formando la cruzada que comenzará en la feliz coincidencia de Sánchez Román y los agrarios, terminando con el régimen autoritario de las derechas, si antes el pueblo español no desplazó a los farisantes de la política del país.

Hacemos labor socialista porque es nuestro deber, ya que está demostrado que ellos no hacen labor republicana. Vivimos intensamente el problema agrario, sin importarnos las formalidades de la cátedra de Derecho público, sino la realidad del derecho natural. Hemos visto hombres en el campo tirar de carros porque el precio de la caballería era elevado: contemplamos mujeres curvadas por el trabajo, llevando a hombros pesadas cargas después de labores superiores a sus fuerzas, y dando el pecho a los niños, que son situados, mientras las madres trabajan, a la sombra de unos árboles.

Y cuando esto es general en España, porque todavía los republicanos no sintieron la injusticia, queriendo servir al poderoso, nosotros, socialistas, negamos autoridad a Sánchez Román el catedrático y a todos los sabios de la legislatura, porque si consiguen restar al campesino lo que es obligación concederle llegará el día que, las hoces en alto, será la señal de marcha hacia la capital para desplazar a los falsos idealistas del lugar de los legisladores, instaurando el verdadero régimen: el del trabajo.

C. PEDROSA

## Para un corresponsal

Leo en el *Mundo Obrero* del día 20 de julio unas líneas llenas de babas, escritas por uno que le da miedo poner su nombre, aunque se firma corresponsal, y ese nombre no está claro para los obreros; pues corresponsales no son todos aquellos que venden periódicos, pues éstos también se llaman paqueteros; y como mejor se conoce a uno es llamándose por su nombre; pero yo, suponiéndome que el que se pone corresponsal es un tal comunista, o lo que sea, llamado Francisco Valverde Valverde (a) «el Afilador»; por tanto, a él van estas líneas, para cumplir lo que me pide en unas tuyas, que estoy seguro que se han juntado todos los comunistas, o lo que sean, para redactar una cosa que, perdirla, es perder el tiempo, puesto que está a la luz del día.

Dice dicho corresponsal que los socialistas, ante la desbandada que se ha iniciado en nuestras filas de todos los obreros revolucionarios sinceros, lanzamos chillidos histéricos, pretendiendo llenar de lodo a los comunistas para evitar que los obreros ingresen en masa, como lo están haciendo ya, en las filas comunistas. ¿Puede decirme este corresponsal dónde está esa organización comunista en esta localidad? Dice que yo llevo de lodo a los llamados comunistas. Esto será imposible que yo pueda conseguirlo. ¿Qué lodo se puede echar encima de un montón de basura? Porque los cuatro llamados comunistas tienen pringue encima para engrasar a todos los motores de la Compañía de M. Z. A.

Dice este corresponsal que le explico de qué vive Diego de la Cruz y su familia, aunque esas palabras no debiera yo perder el tiempo para contestarlas, pues mejor que yo se las podía dar el pueblo; pero como él es forastero, voy a hacer una pequeña historia, conocida por todo el pueblo:

El día 10 de mayo de 1930 se constituyó en Fuente del Maestre una Agrupación Socialista, de la cual fui un afiliado y un trabajador incansable de la misma, puesto que toda su documentación estaba a cargo mío. Cuando ésta llevaba un poco tiempo de vida, su secretario entonces, José Milán Cortés, sin apenas hacer trabajo en ella, quiso que se le pusiera una p-seta de sueldo diario; pero como esta Agrupación su situación económica no le permitía poder pagar ni una sola perra, y, además, que quien llevaba la documentación era yo, en una junta general me opuse a tal proposición, nombrándome, por tanto, la Agrupación su secretario, para evitar tener que dar un sueldo que no podía hacerlo, aunque teniendo mucho trabajo por sus muchos afiliados, pero pocos pagadores.

El día 16 de febrero del año 1931 nació de dicha Agrupación la Sociedad de Obreros del Campo, con cuatrocientos afiliados, la cual me nombró su secretario. Entonces se me aumentó el trabajo de una forma que horas extraordinarias, fuera de las que tenía que dedicar a trabajar con mi canasta para darles pan a mis hijos, tenía necesidad de trabajar si quería llevar mi cargo como correspondía, llevándome muchas veces el trabajo a mi casa.

Todos los obreros saben que estos cargos los desempeñaba sin sueldo, no un día ni dos, sino años, y los hubiese seguido desempeñando si no me hubiesen hecho la vida imposible los que hoy no persiguen a ese corresponsal, llegando hasta el extremo de prohibirme la venta de mariscos en la calle; y esto lo saben mejor que nadie esos obreros que hoy dice él son comunistas, que tenían que hacer rifas de mi género en la Casa del Pueblo para poder llevar el pan necesario a mis hijos. ¿Puede decir ninguno de esos llamados comunistas, ni nadie en este pueblo, que les haya pasado esto? Eso sólo le ha pasado a Diego de la Cruz, cuando a esos llamados comunistas les daba miedo hasta de hablar conmigo por temor a que les viera algún cacique, sus amos. Pues cuando vieron mis compañeros que mi vida era imposible vendiendo gambas para poder darles pan a mis hijos, que ya se habían quedado sin él algunas veces, celebraron una junta general y me pusieron un sueldo de seis pesetas diarias, sueldo que he venido disfrutando mientras la Sociedad podía pagarlo; y una vez que la situación económica de la Sociedad era

algo difícil, por desertar muchos de esos obreros que sólo le merecían favores, y ya se acordaron otro día de ella, entonces, a petición mía, se me rebajó el sueldo a cuatro pesetas. ¿Hubiesen hecho esto esos comunistas paniaguados de los caciques? Y, además, aquí están los libros a la vista de todos sus afiliados para que puedan examinar las cuentas. Y a ese corresponsal y a sus amigos de política sucia también se los presento, si la Sociedad me lo autoriza, para que sepan y aprendan a llevar libros y sepan el cargo que tengo y de donde vivo para justificar mi sueldo, no como ellos que no sabe ninguno sumar, pues el que más y el que menos de esos comunistas han ocupado cargos en esta Casa del Pueblo y no pudieron coger un libro por ignorancia absoluta.

Dice este corresponsal tipo «afilador» que en la Sociedad El Porvenir no cotiza ni Dios. Desde luego, Dios no cotiza. Ese hombre donde debe cotizar es en su casa, porque en su Sociedad no puede porque no tiene ninguna. Pues yo le digo que esta Sociedad, que tanto interés tiene él en que se deshaga, tiene dinero en el Banco, y es la única que existe en el pueblo y existirá a pesar del compromiso que él tiene con los burgueses para destruirla.

Me dice ese desgraciado que como ahora soy alcalde, será este cargo el que me dé los medios para vivir. A esto sólo puedo contestar ese adagio que dice: «Piensa el ladrón que todos son de su condición.» La administración de un pueblo es pública, y todo ciudadano puede venir a pedir cuentas; ya sabe que soy alcalde. Puede venir cuando mejor le plazca, y se las rendiré.

Pues bien; ya he hecho mi historia, y supongo que le habré convencido; y si no he podido lograrlo, en guardia estoy para dar más explicaciones. Pero ahora voy a explicar, aunque sea un poquito, la suya, por ser forastero; pero el poco tiempo que está entre nosotros está lleno de basura, indigna de contarse.

Este corresponsal pretendió en una ocasión, sin ser socio de la Sociedad El Porvenir, ser secretario de ella; pero como no hicieron caso de sus necesidades, pidió el ingreso en otra

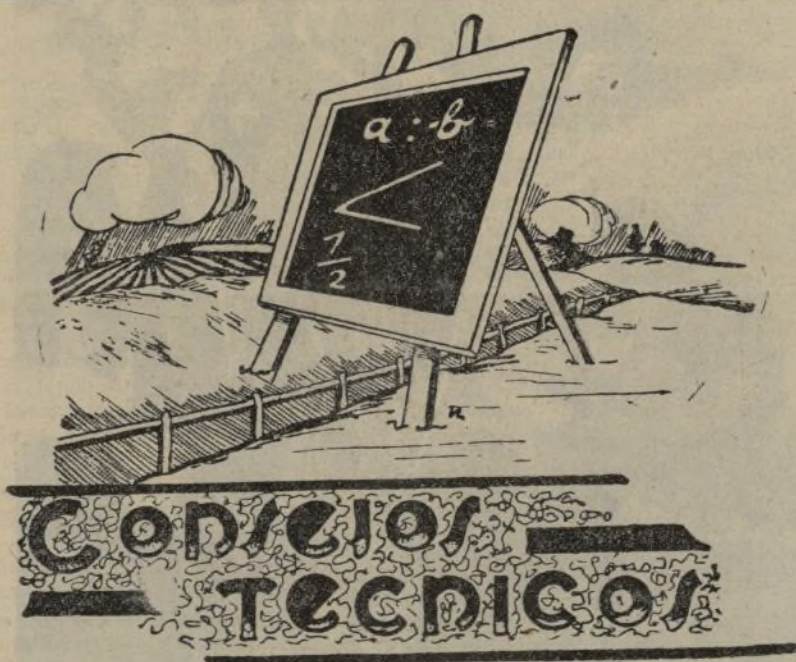
Sociedad de pequeños arrendatarios que existe en este pueblo, de la cual a petición suya le hicieron secretario; pero como a él no le guiaba el espíritu de sacrificio por un ideal, porque no lo tiene, sino por un enfuche, en seguida pidió un sueldo de diez pesetas. No sé por qué, pues no sabe ni escribir; sólo sabe manchar papeles diciendo tonterías que ni él mismo se enteraría; pero al decirle esta Sociedad que ella no podía pagar dicho sueldo, claro está, como no iba con otras miras, en seguida se dio de baja. ¿Es así como se sacrifican los comunistas por los trabajadores? A esta interrogación contesto yo que sí, pues he podido probarlo más de una vez.

¡Obreros fontaneros! Yo no digo que me sigáis vosotros; sois mayores de edad, y ya sabéis lo que tenéis que hacer. Ahora, que tengo la obligación de aconsejaros; que si seguís a esos defensores que tanto trabajan por vosotros, decidles que constituyan una Sociedad, y que dentro de ella, con cargos de responsabilidad, den la cara en el terreno, delante de mí y delante de los señoritos, que es donde yo quiero que hablen esos comunistas. Delante de éstos no hablan. ¿Entonces, quién les va a pagar? El día que vosotros, obreros fontaneros, veáis delante de los burgueses, cara a cara, defensores a esos comunistas, afrontando problemas que resuelvan la vida del obrero, haced vosotros lo que mejor os convenga; pero mientras sólo digan sermones en las tabernas y vosotros sigáis haciéndoles caso, siempre estaréis siendo esclavos de los señoritos, que es el único papel que estáis haciendo desde que dejasteis la Casa del Pueblo.

¡Obreros fontaneros! Reaccionad y desistid de la actitud en que os encontráis. No olvidéis que vuestro puesto está en la Casa del Pueblo y en las filas del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, que son los únicos organismos que están combatiendo los comunistas en combinación con los monárquicos para tirar a la República, que tanto trabajo nos costó implantar a los trabajadores de la tierra.

DIEGO DE LA CRUZ

Fuente del Maestre.



## Charlas vitivinícolas

Como uno de los defectos más corrientes en nuestros vinos comunes, tanto blancos como tintos, es el enturbiamiento o vuelta rápida, queremos en esta charla decir algo sobre la manera de prevenirse contra esa enfermedad.

Los microbios del enturbiamiento (o de cualquier enfermedad bacteriana) se conservan muy bien de un año para otro, y si no se destruyen pueden contagiar varias cosechas seguidas.

Si este defecto no fuera tan general nos contentaríamos con aconsejar una asepsia ligera; pero, desgraciadamente, la mayoría de nuestros cosecheros presentan sus vinos con este defecto o enfermedad; por lo tanto, no estará de más que se aconseje a los viticultores que sigan, tanto para desinfectar sus cubas de fermentación como de conservación de los vinos, el procedimiento que describimos a continuación.

Cuando se trate de pequeños envases se procede a llenarlos de agua clara. Una vez llenos se ponen 10 gramos de permanganato de potasa, en cristales, por cada hectolitro de cuba (unos 6 cántaros), y se los tiene así durante tres o cuatro días, teniendo cuidado de rodar los envases en todos sentidos cuatro o seis veces cada veinticuatro horas. Al cabo de este tiempo se vacía el agua, procediendo a lavar con repetidas aguas claras, hasta que suelten el agua perfectamente limpia. Después se dejan secar bien y se azufuran fuertemente, dejándolos así hasta que se tenga que servir de ellos.

Si operamos con grandes cubas o conos no es indispensable llenarlos de agua; es suficiente disolver en una cantidad proporcionada de agua (100 litros, por ejemplo) un kilo de permanganato por cada 100 hectolitros de cuba. En su aplicación nos serviremos de una bomba para rociar las maderas interiores de la vasija. Se advierte que

es necesario proceder con precaución para librarse de que la disolución toque las manos, la cara ni la ropa, si es posible, a fin de evitar quemaduras que pudieran producirse. Si por un descuido salpicase algo a las manos o a la cara, inmediatamente lavarse con abundante agua clara repetidas veces.

Es muy corriente que después de vaciado un recipiente que ha contenido vino se le descuide y por esta causa mermen las maderas. En estos casos se pone el envase a que hinche, llenándolo de agua clara; pero es necesario evitar que ese agua se corrompa y tome un gusto nauseabundo que, penetrando en la madera, comunica este mal sabor al vino.

Queda bien preservado de este contratiempo teniendo cerrados los recipientes y poniendo un poco de metabisulfito durante todo el tiempo que se tenga embottiado la madera.

Cuando se trate de conos abiertos se pone cal viva en el agua; un kilo por cada hectolitro de agua.

A los procedimientos indicados aquí he propuesto la sustitución por el empleo del formaldehído, a 40 grados. Este producto se halla actualmente en el comercio.

Se utiliza lavando y bruzando fuertemente, empleando disoluciones al 3 por 100 de formaldehído a 40 grados. Para limpiar del olor y de las trazas del formol, lavar inmediatamente con cantidad suficiente de agua caliente, y mejor con un chorro de vapor.

CELADA y GARCIA

## Desde Vilela de Valdeorras (Orense)

En junta ordinaria se acordó por unanimidad la baja del compañero secretario de esta Sociedad de Obreros Agrícolas, José García Domínguez, por no poder seguir desempeñando dicho cargo, siguiendo como socio y compañero; habiendo resultado reelegido para el mismo el compañero Rafael García Tamayo, que anteriormente lo desempeñaba.

## Para la mujer proletaria

Viendo por nuestros periódicos «El Socialista» y «EL OBRERO DE LA TIERRA» lo que está pasando en todos los pueblos de España con la clase obrera que pertenece a la Unión General de Trabajadores y al Partido Socialista, quiero llamar la atención de mis compañeras, que si leen nuestro semanario se darán cuenta como yo, de que la clase patronal, siguiendo con los mismos egoísmos de siempre, guiada por los consejos de los «señores agrarios» de Gil Robles y compañía y no pudiendo tolerar que los obreros sean dueños de sus derechos y les hagan respetar, no saben de qué manera valerse para que éstos que sean asociados perezcan de hambre y se entreguen a sus garras para tenerlos siempre bajo el predominio de su látigo y bajo la esclavitud del señorito.

Por eso, compañeras, quiero que os deis cuenta y veáis que no son nuestros compañeros solos los que tienen que solucionar esto; somos nosotras, las mujeres proletarias, que ya tenemos participación en los asuntos políticos, las que tenemos que pensar de qué manera hemos de solucionar estos conflictos y cómo hemos de ganar las batallas que se nos presenten. ¿Que cómo las vamos a ganar? Muy sencillo. Agrupándonos en las Casas del Pueblo, asociándonos, defendiéndonos por medio de nuestros organismos sindicales y políticos, y entonces, yendo todos al unísono, en tiempo no lejano alcanzaremos para nuestros hijos un régimen de libertad y de justicia.

Por eso, compañeras, pensad de qué manera hemos de imitar a las mujeres de Marmolejo y a las de Lagartera. Ese es el homenaje más grande que podemos rendir a nuestras compañeras: imitarlas, seguir por las sendas que nos han enseñado. Y el día que llegue la batalla, pensad hondamente, salid de los estrechos límites de vuestro hogar e id a depositar la papeleta en las urnas para el Socialismo, que es donde encontraréis calor y aliento y donde alcanzaréis las reivindicaciones del proletariado.

Así, pues, no escuchéis a esos que trafican desde el púlpito con las conciencias, como si la religión fuese una mercancía. Si tenéis valor cívico haced así, que las mujeres proletarias haremos una España grande y justa.

CONSTANCIA SANTAMARIA

Castroñuño.

## De reforma agraria

En la sesión celebrada por la Comisión primera se aprobó por unanimidad el aval de las siguientes cantidades con destino a los obreros agrícolas que las han solicitado con motivo del decreto sobre cultivo intensivo:

Guareña (Badajoz): Crédito reconocido, 55.000 pesetas. Se les conceden 25.000. Número de campesinos, 681; número de hectáreas, 1.678; labores ejecutadas, alza y siembra de algodón en 75 hectáreas.

Villagarcía de la Torre (Badajoz): Crédito reconocido, 22.946 pesetas. Se les conceden 6.000. Número de campesinos, 220; número de hectáreas, 613; labores ejecutadas, alza y bina.

Campanario (Badajoz): Crédito reconocido, 69.851 pesetas. Se les conceden 25.000. Número de campesinos, 300; número de hectáreas, 965; labores ejecutadas, alza y bina.

Barcarrota (Badajoz): Crédito reconocido, 72.000 pesetas. Se les conceden 15.000. Número de campesinos, 528; número de hectáreas, 1.628; labores ejecutadas, alza y bina.

Trasierra (Badajoz): Crédito reconocido, 8.025 pesetas. Se les conceden 25.000. Número de campesinos, número de hectáreas, 415; labores ejecutadas, alza y bina.

Granja de Torrehermosa (Badajoz): Crédito reconocido, 50.000 pesetas. Se les conceden 25.000; número de campesinos, 950; número de hectáreas, 253; labores ejecutadas, alza y bina.

Usagre (Badajoz): Crédito reconocido, 27.400 pesetas. Se les conceden 12.000. Número de campesinos, 200; número de hectáreas, 522; labores ejecutadas, alza y bina.

Malpica (Toledo): Crédito reconocido, 27.400 pesetas. Se les conceden 5.000. Número de campesinos, 228; número de hectáreas, 505; labores ejecutadas, alza, bina y siembra de garbanzos en 22 hectáreas.

Santa Cruz de la Zarza (Toledo): Crédito reconocido, 43.000 pesetas. Se les conceden 15.000. Número de campesinos, 230; número de hectáreas, 540; labores ejecutadas, alza y bina.

Ventas de San Julián (Toledo): Crédito reconocido, 650 pesetas. Se les conceden 650. Número de campesinos, 17; número de hectáreas, 38; labores ejecutadas, alza y bina.

San Martín de Pusa (Toledo): Crédito reconocido, 6.500 pesetas. Se les conceden 1.500. Número de campesinos, 82; número de hectáreas, 91; labores ejecutadas, alza y bina.

Villahermosa (Ciudad Real): Crédito reconocido, 22.000 pesetas. Se les conceden 4.000. Número de campe-

nos, 66; número de hectáreas, 239; labores ejecutadas, alza y bina.

Cózar (Ciudad Real): Crédito reconocido, 19.000 pesetas. Se les conceden 4.000. Número de campesinos, 214; número de hectáreas, 383; labores ejecutadas, alza y bina.

Terriches (Ciudad Real): Crédito reconocido, 9.500 pesetas. Se les conceden 3.500. Número de campesinos, 129; número de hectáreas, 290; labores ejecutadas, alza y bina.

Siruela (Badajoz): Crédito reconocido, 18.000 pesetas. Se les conceden 3.000. Número de campesinos, 67; número de hectáreas, 196; labores ejecutadas, alza y bina.

Higuera de Llerena (Badajoz): Crédito reconocido, 18.000 pesetas. Se les conceden 18.000. Número de campesinos, 512; número de hectáreas, 1.050; labores ejecutadas, alza y bina.

Campillo de Llerena (Badajoz): Crédito reconocido, 30.350 pesetas. Se les conceden 3.000. Número de campesinos, 135; número de hectáreas, 864; labores ejecutadas, alza y bina.

La Garrovilla (Badajoz): Crédito reconocido, 28.700 pesetas. Se les conceden 2.000. Número de campesinos, 279; número de hectáreas, 864; labores ejecutadas, alza y bina.

Montemolín (Badajoz): Crédito reconocido, 45.000 pesetas. Se les conceden 9.500. Número de campesinos, 345; número de hectáreas, 1.616; labores ejecutadas, alza y bina.

## De Villafranca

No tenemos el gusto de conocer al ex duque del Infantado personalmente, aunque estamos al tanto de algunas de sus hazañas; pero si conocemos a la administradora que maneja todos los bienes pertenecientes al ex duque en su administración de Villafranca.

Esta señora, que se erigió en dictadora después de la muerte de su esposo, ha cometido todas las injusticias que han estado a su alcance con los colonos, que, por temor al despido terminante, que era su bondadosa palabra, ha tenido esclavizados a todos ellos. Y para conocimiento de todos nuestros lectores es conveniente dar publicidad a todo cuanto hemos presenciado.

Esta señora administradora, que se avergüenza de que en la puerta de la casa que habita figure el letrero de la administración que desempeña, tiene por costumbre cobrar la renta, aproximadamente, mitad en metálico y mitad en especies, o sea trigo, además de capones y pollos cuando son grandes y gordos. Al pagarle la renta de la parte correspondiente a metálico entregaba su correspondiente recibo; pero no así cuando se pagaba en trigo u otras especies. Y después de no entregar recibo, exigía, además de las fanegas que correspondían, un celemin de trigo por las mermas que hubiere cuando realiza la venta de dicho cereal. Y así, el celemin por colono pasa a un saco aparte para el mantenimiento de las aves de la administradora.

Estos desgraciados colonos estaban obligados, además de pagar la renta en metálico, trigo, maíz, capones y pollos, a trabajar en campos que la administradora explotaba por su cuenta; campos que fueron desposeídos a los colonos de los caseríos Yurre y Eubi, sin que se les rebajase la renta por tal desposeimiento de terrenos. Al primer aviso de la administradora tenían que acudir a los citados campos y recoger la manzana, cortar mimbre, etc. Y si esto no era bastante, tenían que podar los árboles de hayas y robles y, en automóvil pagado por cuenta de los colonos, entregar la leña en casa de la administradora mediante el estúpido jornal de una comida de dos reales que les hacía servir a los colonos del caserío Yurre. ¿Y todo para qué? Para que por Navidades, en agradecimiento a los servicios prestados durante el año por mediación gratuita, se presentasen todos los colonos con los capones, se les pesasen todos ellos sin consideración alguna, excepto a los leviteros, y en caso de que no pesasen cinco libras por pieza no fueran admitidos, dejando por esto a los pobres colonos desconsolados.

Por si todas estas cosas no fueran suficientes para censurar la actuación de esta despótica administradora, todavía tiene el cinismo de cobrar el canon de los postes enclavados en los terrenos arrendados a los colonos y que les corresponde a ellos, por cuanto ellos pagan la renta, así como hacerle pagar la contribución a algún colono incauto, cosa que le corresponde al propietario; pero debe saber esta administradora que dentro de poco se pasará la correspondiente denuncia, justificada, tanto del canon de los postes de línea como por la contribución satisfecha por un colono, a la Junta provincial del Instituto de Reforma Agraria, para que se le imponga el castigo que se merece a la citada administradora.

Para terminar, diremos que poco a poco iremos poniendo en conocimiento de todos los lectores el tratamiento de que han sido objeto los abnegados obreros de la tierra, con el fin de levantar los ánimos y conseguir que cuanto antes lleguen los beneficios que nos reportará la Reforma agraria. — El corresponsal.



## Turno riguroso en la agricultura

Decíamos en nuestro artículo anterior que el Gobierno de la República debía, para la defensa de la clase obrera agrícola, establecer el turno riguroso, o sea variar la ley en el sentido de que los patronos y los obreros sean obligados a retirarse y acudir a las oficinas de Colocación obrera, los primeros sin derecho a seleccionar el personal, puesto que la oficina le ha de mandar los obreros capacitados para la faena que se vaya a ejecutar, y hemos sentido gran satisfacción al ver en el número de EL OBRERO DE LA TIERRA correspondiente al día 3 del corriente el coincidir, tanto con la Redacción del periódico como con otros compañeros que tratan el asunto con gran cariño, debido precisamente a las muchas injusticias que con bastantes compañeros nuestros se están llevando a cabo.

Se cometen diariamente hechos de tal naturaleza reprobables, que el no haberse producido sucesos graves obedece a que como los perjudicados son personas conscientes (y ahí está el motivo de ser boicoteados) no se hayan lanzado a una lucha ya abierta en contra de sus compañeros, o de baja intención, entregándose a los

patronos, sometiéndose a sus caprichos; pero como no hacen ni una cosa ni otra, sino mantenerse dignamente, echan de menos para obrar dentro de la ley la promulgación por el ministerio de Trabajo de la disposición que determina el artículo 13, en su párrafo segundo, de la ley de Colocación obrera del 27 de noviembre de 1931.

En la mayoría de los Ayuntamientos están establecidas las Oficinas de colocación obrera; pero no deja lugar a dudas que, después de los gastos que han tenido que hacer los Ayuntamientos para la instalación de éstas, son organismos sin vitalidad ninguna, puesto que los patronos por ningún particular acuden a ellas para retirar su personal, y lo peor de todo es que ha sido tantas veces llamado el obrero para formar el censo, cuyos resultados éstos no los ven prácticamente, que ya dudan de su eficacia.

Es justo que esta campaña se inicie hasta ver plasmada — realidad el anhelo de la clase trabajadora que piensa libremente y que reclama su derecho a la vida como el que más.

FRANCISCO CUESTA

Montilla.

## Esclavos del campo

Del agricultor nos acordamos pocas veces. Creemos que, mal o bien, trabaja la tierra. ¡La tierra! Madre de la Humanidad, la tierra nos tiene y nos sostiene. Ingratos con ella, agotamos sin cesar la riqueza que guarda en sus entrañas y tomamos la delantera al tiempo para atesorar prematuramente más de lo que somos capaces de administrar.

Nada más injusto. Nada más ilógico. La tierra, empobrecida, soporta la sangría de las cosechas sucediéndose sin tregua, reacciona al estímulo de abonos fertilizantes que la tifican para dar más de lo que puede y se deprime después viendo que su depauperación sólo alimentaba ambiciones desordenadas: frutas, legumbres, granos, productos del esfuerzo agrícola, y la industria ganadera, se levantan sobre nosotros y amenazan sepultarnos, castigando la irreflexiva movilización que hacemos de la riqueza del suelo para quebrantar hoy la economía mundial, envileciendo el valor de los productos por falta de capacidad para consumirlos, mientras se abre al futuro la interrogación de producir lo necesario donde la esterilidad provocada por el abuso se haya hecho dueña de la tierra.

No existe en las grandes capitales, ni en las progresivas industrias mineras, concepto aproximado a la realidad negra, amarga, aniquilante, del misero agricultor... Pero lo que verdaderamente impresiona y duele el alma de todo ser humano es presenciar cómo seres frágiles que aún no han cumplido doce años de edad van detrás del arado, no llegando a mitad de la esteva; cómo regresan a sus hogares, al anochecer, alicados, bronceados y nacilentos, arrastrando los pies por el tosco camino, porque la debilidad de su naturaleza, las energías de sus pulmones y las substancias alimenticias que nutren sus delicados cuerpos no les

prestan vigor y fuerza suficientes para poder mantenerse sobre el suelo, seguir los pasos pacienzudos de las caballerías y regresar al hogar con la ligereza de una cabra montesa, como sus escasos años requieren.

Humanidad futura gastada en los días felices de la infancia; ¡Amarga realidad de un porvenir seguro, si alguna fatalidad no se opone en su transcurso! ¡Pobre niñez abandonada en medio del mundanal silencio de unos campos infecundos, impropios de su edad! ¡Pobre y desgraciada infancia, condenada al envilecimiento de sus días desde su uso de razón! Y en medio de esta veracidad tristemente presenciada por el modesto obrero que escribe estas líneas, nos permitimos preguntar a las autoridades o a quien corresponda: ¿Para qué tantas escuelas y centros de enseñanza—en lo que se refiere a los pueblos—, si la infancia cursa sus estudios en el campo desde que amanece el día hasta que oscurece? ¿Para qué gastos tan cuantiosos si la ambición labriega pueblerina, ciega y errante, de los cabezas de familia no ordenan el cumplimiento que el deber de conciencia y las leyes del Estado imponen?

Tiempo superfluo gastaremos lamentando estas verdades, puesto que no hay forma ni razonamientos que puedan convencer al erróneo agricultor del fracaso en que se halla metido y que dará por resultado el agotamiento físico, culto y moral de la humanidad de los pueblos españoles que se dedican al agro. ¡Tristísima realidad de realidades! Esto es lo que de manera alguna sobrenatural nos duele y quebranta el ánimo de nuestra casta de Quijotes, aislados en la escasísima radiación de nuestro término municipal.

SANTIAGO BOSCA

Puebla del Duc.

## ¡Campesino, despierta!

Compañeros trabajadores de la tierra: Después de un fraternal saludo quisiera hablarlos; pero mi lengua no puede pronunciar lo que mi corazón siente; quiero escribir y mi torpe pluma se detiene.

Escribiría un artículo sensacional, lleno de ideas, a fuerza de un detenido estudio; sólo en mi propio lenguaje quiero dar a conocer, en las líneas este escrito, todo cuanto he visto en los días de mi existencia.

Mi incansable memoria me hace recordar los primeros días de mi vida. Recuerdo muy bien los primeros juegos infantiles, como también tengo presente la educación recibida en la escuela de primera enseñanza, en unión de mis compañeros de clase.

Yo sentía en mi adormecido espíritu un algo, siempre con deseos de saber, y, por tanto, nunca rehúsé las lecciones de mi maestro.

Bien me acuerdo de aquel respetable y venerable anciano que, en cumplimiento de su deber, al poner nuestras plantas en la escuela, como maripositas que giran en torno de las flores, así girábamos en torno suyo, rezando la oración acostumbrada: «Padre nuestro que estás en los cielos», etc.; contestando todos a coro: «El pan nuestro de cada día», etc.

Tan repetida era esta oración que todos la sabíamos al dedillo. ¡Qué fatigas nos hacía pasar con las bienaventuranzas, los artículos de la fe y otras oraciones! Además, el sacerdote

catequista de la parroquia todos los días solía hacernos una visita. Aun cuando por nuestra parte no nos fuese muy agradable, nos poníamos en pie para saludarle y besarle la mano muy atentos.

«¡Qué educados y qué listos son los chicos! Vamos a ver ahora — nos decía — qué tal vais con la doctrina.» Nos dirigía preguntas. A unas se contestaba con acierto; otras se dudaban. ¡Qué coscorrones nos propinaba el señor maestro! Y lleno de furia nos decía: «Todos los días con lo mismo, y no sabéis ni el credo, ni la salve, ni los misterios de la encarnación. Me hacéis pasar vergüenza; os aseguro que el catecismo os lo meto en la cabeza de memoria; habéis de saber hasta las excelencias de la misa.»

Y como soldaditos formados por una imperiosa voluntad, caía sobre nosotros el peso de la disciplina, y llenos de temor, suspirando de rodillas sobre el suelo entarimado, entre sollozos solíamos decir repetidas veces: «Bienaventurados los pobres, siempre perseguidos por la justicia.»

Nuestra vida, segada en la flor de la inocencia, era transformada por un impulso sobrenatural e involuntario. En la parroquia del pueblo nuestro maestro hacía de sacristán, y con turno riguroso ayudábamos a celebrar el sacrificio de la misa. Y durante la Cuaresma, a viva voz, explicábamos en la iglesia la doctrina cristiana...

Al contar nueve años casi todos sabíamos rezar el rosario, cantar víspas y misa de difuntos. Y a los diez años nos obligaba a ir a confesar. ¡Qué horror! ¡Y qué aplaudido por parte de las autoridades! «¡Qué buen maestro tenemos!», se decía por el

pueblo. Yo no digo que no lo fuera. Pero ¿qué tenemos que agradecer al maestro latín, cuando en contra de nuestra voluntad nos obligaba a aprender cosas inútiles?

De manera que al cumplir la edad reglamentaria no sabíamos nada más que la doctrina del padre Ripalda y la Historia Sagrada; en la escuela no se leían otros libros...

Y que en España haya habido autoridades y gobernantes — viejos caducos — que al pueblo le hayan tenido amordazado y a sus hijos, sin libertad de conciencia, les hayan obligado a observar una religión que tan falsa puede ser como las demás que existen en el mundo, sin preocuparse de enseñar los deberes de ciudadanía ni la verdadera educación! Digo educación porque es mayor que la cultura; la esmerada educación lleva en su seno sentimientos nobles y humanitarios. Y en la civilización y en la religión se abriga el rencor, el odio, el yugo, la disciplina y el tormento de la Humanidad. Recuérdense bien las páginas de la sangrienta Historia.

Más diría, compañeros; pero mis faenas no me lo permiten. Sí, compañeros; os llamo porque conmigo compartís el rudo y pesado trabajo de la tierra, que es donde únicamente, regados con nuestro sudor, se producen sabrosos y abundantes frutos, para el sostenimiento de la Humanidad, y, sin embargo, somos siempre el azote de los grandes.

LEANDRO SANZ

Guadalajara.

### Pueblos salvajes

## El caso de Villamuelas

Arnedo, Castellar de Santiago... Aun no terminamos de llorar unas tragedias cuando se nos acercan otras. Villamuelas, aldea perdida en la soledad de los campos, selva virgen donde a cada paso salta un animal inofensivo. Pero, camaradas, entre estos animales también hay numerosas manadas de lobos que están dispuestas a devorar a un pequeño rebaño de ovejas. Tal es la situación en estos perdidos campos de Villamuelas.

Democracia, ¿de qué nos sirve? Libertad, ¿para qué la queremos? Después de dos años de República, cuando este rebaño de ovejas inofensivas se levanta a pedir justicia y un derecho que les corresponde como ciudadanos en los terrenos de esa selva virgen, estas manadas de lobos salvajes se alzan en contra de la justicia, y de una forma antihumana, vergonzosa en el siglo XX, quieren terminar de una vez con este rebaño inofensivo y seguir siendo dueños absolutos de esa selva, que es de todos. Quieren acaparar la libertad para ellos solos y ahogar de una vez la democracia para seguir siendo los dictadorzuelos de estos terrenos olvidados en nuestro suelo.

Se dice, y es verdad: «La República no ha llegado a muchos pueblos.» Pero ¿cuál es el inconveniente que le impide llegar? Mientras la República vive solamente en las grandes ciudades, en los rincones más escondidos de España estallan los primeros chispazos del fascismo. El caso de Villamuelas nos lo demuestra a la luz del día.

La emoción que siento no me da valor suficiente para relatar los hechos. En Villamuelas hay un mártir del Socialismo; sí, un mártir, por ser el único hombre que se levantó en contra de la injusticia y de la sinrazón. Y cuando este hombre pide un derecho que le corresponde, una justicia que sea igual para todos, entonces estos caciques-fascistas arremeten contra él y piden a grandes voces su cabeza, y la guardia civil tiene que hacer la fórmula de llevarle conducido, y de esta forma es como se salva la vida de las garras de la turba enfurecida.

¿Qué dicen a esto los Sres. Maura y Lerroux?

¡Castellar de Santiago! Recuerdo inabordable con esto que se nos presenta en este pueblo. Aquí hay una organización, con cuarenta hombres, que más bien parecen cadáveres, ultrajados por el hambre, donde la calamidad se refleja a simple vista en sus hogares, pues llevan dieciocho meses sin trabajar, sitiados por hambre, y cuando sus hijos salen a la puerta de su casa les lanzan toda clase de injurias y miles de groserías. ¡Este es el salvajismo caciquil en este pueblo!

Estos casos, en un régimen democrático, son vergonzosos, y nadie más que las autoridades de esta demasia-

do burguesa República son las responsables de todo esto, por el abandono en que tienen a estos pueblos, pues se da el caso de que hace poco más de un año, al entrar en este pueblo el coche del delegado gubernativo, fué apedreado y el delegado herido en la cabeza, y ésta es la hora en que no les han puesto a estos caciques la más mínima sanción. Lo mismo ocurrió el mismo día del vil atentado contra nuestro compañero. Al inspector delegado de Trabajo le apedrearon el coche, y tuvo que salir del pueblo protegido por la guardia civil.

Al entrevistarme con aquel camarada, veinticuatro horas después de ocurrir los hechos, me dijo en estas palabras: «La mayor emoción que he sentido en mi vida fué al llegar a Aranjuez huyendo de las turbas y encontrarme con una fuerte manifestación de jóvenes socialistas, con su bandera al frente. Llevado de la alegría que recibí, empecé a llorar por el daño moral que me hizo en mi pecho, y mirando a aquella juventud que se perdía por las calles ribereñas exclamé: Esa juventud educadora y esa bandera roja algún día, quizá cercano, serán mi salvación.»

Por eso todas las organizaciones vecinas protestamos de estos atropellos ante el señor ministro de la Gobernación, y a estos caciques les decimos que si ellos en todo este distrito quieren implantar la dictadura fascista, nosotros implantaremos la dictadura socialista. Donde nos busquen nos encontrarán, pues nosotros poseemos el arma más fuerte y más eficaz para la lucha, esto es: la unión.

Así es que, campesinos, venid a reforzar nuestros organismos sindicales. Meditad un momento sobre la injusticia de que ha sido objeto este compañero, modelo de camaradas, que por pedir libertad para todos, justicia para todos, hoy se encuentra emigrado de su hogar, quedando su mujer e hijos secuestrados, lo mismo que la familia de Matteotti en Italia.

Sabemos todos cuán hartos estamos de sufrir las iras del caciquismo. Pero no hay que desmayar. Caerán muchos compañeros en la lucha; pero no dudéis de que en las nuevas generaciones éstos serán el símbolo de nuestra esperada revolución. Sigamos adelante, sin retroceder ni un milímetro, pues cuanto más se apriete la cadena más fuerte será el estallido.

Es preciso que los jóvenes aprendamos estas lecciones para el mañana, que hoy no podemos hacer otra cosa que elogiar la conducta de este infatigable camarada y elevar a los Poderes públicos nuestra más enérgica protesta por la persecución de que ha sido víctima.

Con hombres así llegaremos rápidamente a la cumbre de nuestras aspiraciones.

PEDRO CEPEDA

Huerta (Toledo).

## A todos los humildes del agro

Tomo la pluma en mis manos para una vez más, con mis cortos alcances, escribir unas breves y afectuosas líneas a todos los que vivimos a costa de nuestro trabajo. Pues bien. Grandes son los esfuerzos que nuestros camaradas ministros socialistas en el Gobierno están realizando para que a los humildes campesinos les llegue algo de lo bueno que el régimen republicano puede hacer por éstos, puesto que a ellos les debe parte de su existencia. Bien. Pues a los propósitos de nuestros camaradas el Poder legislativo se interponen otros elementos desafectos al régimen constituido que con su obstrucción entorpecen la buena marcha de nuestros legisladores, hasta el extremo de que no se puedan llevar a cabo las leyes de Arrendamientos de fincas rústicas, Rescate de bienes comunales, etc.

La Unión General de Trabajadores no está dispuesta a que a sus representantes en el Gobierno se les combata de manera tan indignante, y, por tanto, manifiesta a todas las Secciones de trabajadores del agro para que en unión de ella eleven las más enérgicas protestas contra la

obstrucción de los que con tan mala intención tratan de tirar a tierra la obra de los trabajadores.

Así, pues, yo, desde estas líneas, acaso mal redactadas, de nuestro querido semanario EL OBRERO DE LA TIERRA, me limito a invitar a todos cuantos vivimos del trabajo en la agricultura para que todos a una voz gritemos: ¡Abajo los malos republicanos! Colonos y pequeños propietarios: esto os incumben también a vosotros; daos cuenta de lo que hacen aquellos que, encubiertos con la careta del engaño cuando se presenta la lucha de clases, se precipitan ante vosotros para deciros: Hay que votar la candidatura que representamos nosotros, que es de un agrario, y hay que salir al paso de los socialistas. Pero yo os digo: ¿Es que esos agrarios han hecho o han ayudado a hacer alguna ley que favorezca a los humildes? Creo que no; pero entorpecen. Claro, ¡como son los dueños de la tierra, como son los parásitos que viven a cuenta del sudor de quien les trabaja la tierra, haciéndoles a ellos el caldo gordo, protestan de las leyes que auxilian a los trabajadores!

ANASTASIO ALONSO

Melgar de Arriba (Valladolid).

## Para tí, mujer proletaria

que ya no vale para seguir a los demás peones y que se puede quedar en su puesto su hijo; y así hemos venido soportando la esclavitud los pobres trabajadores, que cuando nuestros abuelos y nuestros padres han llegado a esa época tienen que ir a pedir una limosna y llegan a la puerta del que tanto lo explotó y le desprecia diciéndole: «Anda a la puerta de más abajo.»

Mujer proletaria, tú tienes en tus manos una forma de liberarte para siempre de esas gentes rencorosas y explotadoras y tenaces, que todo lo supeditan a sus deseos de mando y dominación. Esa organización adonde te dicen que no acudas es, precisamente, la que puede liberarte y dignificar tu vida.

Por eso es por lo que tienen tanto interés en que no acudas a ella; saben que de ella ha de salir la verdadera libertad de los pueblos. ¿Serás tan ciega que no lo comprendas? En esa entidad profesional, en esa Asociación política se te darán las armas intelectuales y morales que te redimirán. Acude a ella, presta tu concurso a estas entidades, agrega tu esfuerzo al de las demás mujeres que laboran por su redención política y económica, y habrás contribuido a que esas damas husmeadoras terminen la labor para siempre que en esa sociedad capitalista les encomiendan sus esposos y los confesores, encaminada a someter de una forma feroz al proletariado por medio del sistema del salariado y del opio de la religión. ¡Alerta, mujer proletaria! No dejarse llevar del confesonario ni de esas damas de Estroñajosa; a luchar por la emancipación social.

CÁNDIDO PASCUAL

Azagra (Navarra).

## Temas actuales

Diputado agrario quiere decir, a mi modo de pensar, defensor de los intereses del agricultor, y máxime cuando es elevado a esa categoría por labradores.

El llamarse agrario a estas alturas tiene, a mi juicio, una gran responsabilidad para con el país, y muy especialmente con el pequeño y mediano agricultor, ya que los productos del terrateniente rara vez pasan por el intermediario o almacenista.

El mayor contingente de diputados llamados «agrarios» lo dió la provincia que por su afinidad cerealista —aunque en esto no sea la primera— le correspondía, porque la provincia de Burgos no tiene otros medios de vida que su agricultura, y dentro de ella, un noventa por ciento cerealista.

Pero he aquí que los productos del agricultor han tenido y tienen una depreciación tan sumamente escandalosa que hasta en el feudo del Sr. Martínez de Velasco, jefe de la minoría llamada en la Cámara agraria (pero que nada tiene de ello), los modestos agricultores han tenido que echar al basurero muchos cientos de arrobas de patatas, debido a que el transporte al mercado de venta y los derechos de entrada y diferentes cargas les costaban más caro que lo que valían, pues llegaron a tan bajo precio (30 céntimos arroba) que seguramente en lo que va de siglo no se habrá conocido. Y no sólo este artículo, sino otros, el trigo, por ejemplo, que hace aproximadamente un mes los almacenistas no lo pagaban arriba de 38 pesetas los 100 kilos. Eso a pesar de estar la tasa a 46 pesetas.

¿Son agrarios, o que son? Si son agrarios, ¿cómo y por qué no han trabajado en las Constituyentes para que el Gobierno hubiera hecho con el trigo lo que hizo con el carbón? Si ellos lo hubieran trabajado es seguro que algo habrían conseguido. Porque precisamente es problema que afecta a otras fracciones de la Cámara, que aun a pesar de ser completamente antagónicas es seguro que les hubieran ayudado. Pero no son agrarios, porque de ello sólo llevan la careta, lo sabe la inmensa mayoría de los labradores. Y si lo son, ¿cómo han nombrado jefe de esta comarca nada mejor que a un tal Redondo, el mejor almacenista de trigo de la Ribera, de los partidos de Roa y Aranda? ¿Es que se cree el Sr. Martínez de Velasco que no lo conocemos los agricultores? ¿Qué ventajas va a reportar el tal almacenista a los labradores?

No son agrarios nada más que para defender con todos los medios a su alcance al terrateniente. Que digan claro, con la frente muy alta, que son monárquicos empedernidos y actúen como tales, que nadie les coartará su perfecto derecho. Pero no engañar miserablemente a los que con el sudor de su frente van regando gota a gota el surco donde han de recoger unas miserables fanegas que a más de depreciárselas el almacenista a veces se niega a tomarlas a ningún precio, alegando pretextos que sólo conducen a la desesperación del productor.

Pero como todo tiene su límite, algún día tienen que irse dando cuen-

ta los labradores y campesinos de que no son ellos los llamados a defender sus intereses, y a pesar de toda la artimaña de caciques que le siguen como borregos, aun en contra de sus intereses, les retirarán la confianza que en ellos depositaron al elegirlos, y entonces se darán cuenta de que lo mismo les dará llamarse agrarios que otro cualquiera epíteto, porque estando desenmascarados como lo están, y conociéndolos como los conocemos, en las primeras elecciones que vengan para diputados a Cortes sus nombres caerán en el vacío y podrán darse un paseito a Palestina, a conocer el famoso muro...

¡Oh Burgos la hidalga! Con tus famosos agrarios y tu gran «Ramper-Estevanez» estás cogiendo un prestigio que nos va a hacer olvidar a tu famoso Cid en aquel poema de

«... se va ensanchando Castilla  
delante de mi caballo! »

¡Alonso de Armiño, Cuesta, Martínez de Velasco! ¡Figuras decorativas en las Cortes, y todo para llamarse después agrarios!...

V. HERNANDO PEREZ

## Notas de Valdeorras

Los vecinos de Santa Marina del Monte, de este término municipal, venían pagando al cura la renta de los terrenos que trabajan, sin más títulos que la costumbre, pues los citados terrenos, que son de importancia, no están inscritos en el Registro de la Propiedad a nombre de ninguna persona o entidad jurídica, y con ello, además de cobrar indebidamente el buen cura, perdía el Estado el ingreso correspondiente por contribución.

Ahora los aires sanos de libertad que la República irradia a toda España llegaron a Santa Marina, y los sufridos labriegos, que tanto tiempo fueron víctimas del capricho de los que siempre mangonearon, y que, para mayor escarnio, en el reparto de consumos figuraban al cura una parte insignificante, igual que a todos los grandes propietarios se creen en el derecho de manifestar al susodicho sotana su descontento, y éste, engreído, les amenazó con la guardia civil; pero como, al parecer, no pudo conseguir amedrentarles, pues en actitud correcta le expresaron su disgusto por su labor antirrepublicana y por su proceder de siempre, lograron convencerle de que debía abandonar el pueblo, donde no le aprecian ni le necesitan.

La actitud serena y correcta de los trabajadores campesinos de este pueblo merece elogios y debe tenerse en cuenta por el Gobierno en la petición que, por medio del Sindicato de Trabajadores de la Tierra, piensan formular para legalizar la situación de los terrenos que cultivaron siempre y que les pertenecen.

Barco de Valdeorras.



## Pueblos de señoritos

Al iniciarse en Sevilla, durante el verano de 1931, graves acometidas a la República, se hizo una modesta Memoria precisando las causas de ello. Si dichas notas llegaron a manos del inadaptado ministro y siempre turbio hombre público que estaba en Gobernación, ningún caso hizo. El nombramiento de Bastos, el más inepto de los gobernadores, es prueba segura.

El pueblo hedonista, supersticioso y ególatra, con más naturaleza que historia, volvía entonces en acelerado descenso—por no haber creado nada útil y económico durante la bacanal de su funesta Exposición—al ritmo normal del que la sacaron con violencia, llevando como lastre perturbador un ingente volumen de extraños elementos de aluvión, que han roto, clave del mayor descontento, la necesaria ecuación entre el número de habitantes y los medios de vida.

Pueblo de «señoritos» y lacayos; de cínicos vividores de la política; de tenderos—cada periódico es un tenducho más—que utilizan como mejor anzuelo el fanatismo religioso para un mayor regodeo; de intermediarios llamados «corredores», cuyas picardías tocan en la delincuencia; de bigardos, derrochadores del trabajo lícito e ilícito de la mujer, y de mendigos profesionales, enemigos de todo esfuerzo económico. Ambiente de maza, incultura, prostitución y vagancia, pernicioso e insultante para el trabajador.

A éste—de gran fuerza imaginativa; pero ayuno de toda instrucción; mesánico, tirano o esclavo, según donde radica la fuerza—halagaron ilusos y malvados en irracional maridaje, prometiéndole un paraíso en agrupaciones, si no enemigas de la República, sí mortificantes de la misma.

La perfidia de los mayores, en sospechosas concomitancias con el capitalismo jesuítico, le distanció de

los grupos republicanos y de la táctica de la Unión General de Trabajadores. Contribuyó mucho—y aquí pudiera hallarse la primordial causa de los males ocurridos—el escaso prestigio intelectual y hasta moral de los representantes de la República, de todo orden.

Los antiguos «amos»—más nostálgicos de su perdido poderío que temerosos por el descubrimiento de prevaricaciones y latrocinios—, no sintiendo sobre ellos la justicia de la República, y advirtiendo lo amorfo de «la masa», iniciaron su labor demoledora restringiendo, cuando no suprimiendo, toda actividad en sus posesiones, provocando el hambre y la desesperación. Esto hizo olvidar a la «bestia» lo concedido al «hombre».

La lacayuna clase media, indigna de todo cargo o destino debido al favor, o pensando en la clientela rica, es la trompetera de la deliciosa grandeza ida. Ello, y la dolorosa conducta de ciertos gobernadores, émulo de Sancho Panza en las bodas de Camacho, dejando sin prevención a los feudales; recelando de la clase obrera; no procurando los cargos para probados y limpios republicanos, y dejando sin pedir el desplazamiento de todos los «chupadores» del presupuesto, regentes y acólitos de la vida oficial, hace sentir al verdadero pueblo que todo sigue igual. Es necesaria y decisiva la recomendación del «señorito».

La prevención con los antiguos mandones, dóciles sólo a la fuerza, y el cambio de residencia de los funcionarios públicos, serviles del adinerado, engendraron la pérdida de toda esperanza a los antiguos fueros y privilegios y surgiría paulatinamente el trabajo. Muchísimos adeptos ganaría entonces la República. Sólo así es posible la paz en Sevilla.

H. V.

## Pasado y... presente

«Es tan amarga la vida del pobre como la muerte del rico, y más regada la prisión del último que la libertad del primero.»—POLO.

Recordando mi anterior artículo, encabezado como éste, y siguiendo mi perspectiva, continúo.

El dolor del hambre es más lento, más pausado; pero, sin embargo, no puede cotejarse siquiera con el producido por una natural enfermedad o accidente inesperado. El hambre hace de hombres indómitos juguetillos de sus tiranos; hace retroceder el ideal sano y fecundo y marchita su juicio de salvar ciudadanos y crear porvenir hermoso para el futuro. ¡Exterminemos ese objeto que tan visible se muestra ante nuestro camino! ¡Exterminemos el hambre, el cacique, ese cobarde cacique, que ostenta el título de domador de la especie humana!

Urge meditar y poner en práctica alguna solución que mitigue el hambre, pues, de lo contrario, preveo una hecatombe. Hablan los burgueses, los tiranos, de libertinaje, y les digo: ¡Cuidado con los insultos! ¡Tenemos libertad, cuando han transcurrido dos años, dos años de hambre, y no habéis desaparecido la mitad de esa conglomeración de zánganos? Pues bien: sabéis que sólo vosotros sois la culpa de toda reyerta y odios existentes en la Humanidad actual.

No retiraré mi pluma de EL OBRERO DE LA TIERRA mientras no aguantéis todos mis insultos, que bien merecidos los tenéis; mientras no se purifiquen vuestras conciencias y el dolor os haga arrepentir y si a esta opinión de humildes no os amoldáis, el pueblo, soliviantado y en tropel, seguirá el camino más derecho para socavar vuestros cimientos, y luego sentiremos las consecuencias.

Gozáis de extensos predios de rica producción; participáis en acciones con altas cifras; poseéis cartillas titulares, y en los Bancos de referencia ostentáis grandes sumas. Y ¿qué? Vuestra conciencia es tirana, vuestra labia es falsa y vuestro corazón un proyectil que mata a la Humanidad. ¡Labriegos humildes, obreros pobres! Cuando os hablen de generosidad, de amor al prójimo, de paternal cariño hacia vosotros, no continuéis

a su vera, pues sólo aspiran a reducirnos y sostenernos engañados. Obras son amores y no...

Os suplico constancia; pero también pido urgencia en solucionar el conflicto del hambre, pues con los estómagos vacíos se termina la unión y retarda el progreso.

He observado la existencia, triste y amarga, que reina dentro de nuestra clase y todos los unidos por estos vínculos, y de mi parte aseguro ser hombres de inmensa ternura y soportar vejaciones sin cuento sin ocurrir el menor agravio.

¡Recuerdo cuando en los humildes hogares, sostenidos por un misero jornal únicamente también, había alegría! ¡Recuerdo cuando en los pueblos rurales existía la convivencia, sin distinción de clases, y los jóvenes, desmintiendo y disimulando el fanatismo, la tiranía y el egoísmo del padre, iban comprando a igual precio la libertad del que sustituiría el puesto en la mazmorra de aquel viejo, pobre, decaído y triste, quizá por el sentimiento de no poder continuar siendo esclavo; pero, al fin, convivían juntos, jugaban juntos y paseaban, hasta que uno marchaba al colegio y el amigo pobre iba al yugo!

Como digo, en los pueblos rurales la marcha en la sociedad era sufrida por la opresión; pero era alegre y animada; no existía la distancia tan larga ni el orgullo tan adusto; no existía tanto desprecio e indiferencia.

Quien dude de mis declaraciones que visite a ciertos puestos de este valle—Vidriales—, y notará cómo el obrero es abatido por los niños de sus tiranos, inducidos por sus padres, para que así les paguen las fortunas percibidas de estos desgraciados obreros.

No puedo continuar, hermanos; no se amolda mi pluma a los ligeros aleteos de mi corazón! Al recordar lo que ocurre y lo que se hace con nosotros no puedo menos de exclamar: ¡Sociedad injusta! ¿Dónde están tus jueces, tu justicia, tus hombres, tus armas para poner al frente de los destructores humanos el violento peligro que los sofoca? Si sobre la razón, ¿para qué confiar en ella? Vamos con la fuerza de nuestro orgánismo, vamos juntos a militar algún tiempo—poco, porque la actual

vida está consagrada al hambre—en el mismo ejército y al mando de un mismo general, y obedeciendo todos a la voz de mando podremos conseguir «tomas» importantes, pues de lo contrario no conseguiremos avanzar con la rapidez que necesitamos, y siguiendo así, como la actual vida es

mucho tormento vivir, cualquier obrero en estas circunstancias no sabrá qué hacer; se verá indeciso, no sabiendo qué elegir: si vivir o morir.

LEOPOLDO MARTINEZ

San Pedro la Viña (Zamora).

## Escuela Socialista de Verano

### Impresiones de un alumno

III

Establecemos como costumbre, al levantarnos, marchar en busca del baño que nos proporcione un poco de fresco y bienestar para combatir el asfixiante calor que por la mañana comienza a molestar, y que consigue espalar nuestro sueño, ya que, en realidad, para terminar las jornadas cansados no es mucho el reposo que la Dirección concede. Pero la disciplina obliga, y con tal de evitar que se nos mande trabajar de cocina realizamos heroicas cuestas a la madrugada, en forma relativa, claro es.

Cercano al campamento tiene su cauce el río Guadarrama; y decimos que tiene su cauce porque sus aguas, un tanto escasas en esta época estival, son aprovechadas para explotaciones industriales y agrícolas.

En el sitio más pintoresco del río—que es el reflejado por la «foto» que insertamos en este trabajo—es donde en los dos primeros días nos bañamos; pero es preciso impedir la continuación de esto, porque el número de improvisados nadadores es crecido y el agua no corriente puede dar lugar a enfermedades peligrosas.

Para tratar de este grave inconveniente se celebra una asamblea, que resulta movidita, por la pasión puesta en la defensa de los criterios en pugna, que son: de un lado, gestionar que el río no sea obstaculizado en su marcha por las presas, y de otro, que se intente el traslado del campamento al lugar donde el pasado año estuvo enclavada la Escuela.

Se designa al camarada que debe realizar las gestiones para el logro de cualquiera de las dos propuestas; pero merced a la generosidad de los

Este servicio se lleva por riguroso turno de tiendas, y a la que corresponde realizarlo han de madrugar esa día sus inquilinos para preparar los veladores que tenemos a nuestro servicio y ayudar al cocinero en sus faenas.

La tienda de servicio no puede esa día disfrutar de otra expansión que la proporcionada por pelar las patatas necesarias a los guisos y servirles a los demás compañeros.

Tan sólo hay libre el tiempo de las clases, pues, a pesar del gran trabajo de la cocina, la abandonamos para tomar los apuntes de las lecciones del día.

Las comidas son buenas y, desde luego, abundantes; motivo por el cual es más pesado estar de turno, pues hay que imaginarse lo que podrán consumir doscientos jóvenes, y que a su gran apetito hay que sumar estar en plena Naturaleza haciendo ejercicio.

Un vaso de café con leche y un panecillo componen el desayuno, y tres platos, postre y café las comidas, que como es natural, tienen su correspondiente vino.

En todo momento debe imperar la seriedad para evitar que la Dirección imponga sanciones, que en los casos que se han podido dar consisten en servir un día, y que por lo molesto y pesado que resulta hay que comportarse bien a todo trance para no ser castigado.

El lugar en que ha sido instalada la cocina y escenario para las lecciones nos sirve de comedor, estando a la ribera del río y resguardado en las horas del calor por la frondosidad de los árboles que lo rodean.

En cada velador pueden colocarse cuatro becarios; encontrándose, cuan-



dueños de la finca en que está emplazado el campamento, que la ceden desinteresadamente, podemos instalar ese mismo día un magnífico servicio de duchas, aprovechando las aguas de un estupendo pozo que tenemos a poca distancia de las tiendas.

Un tablado sobre el brocal de este pozo, que está dentro de una amplia caseta, con una garrucha de marcha automática, cuando tiramos de la cuerda y en ésta el cubo que traslada el agua a las regaderas, y una vez que se halla en manos de otro camarada, siempre servicial, nos baña de forma maravillosa.

Como puede verse en lo expuesto, no es nada complicado el sistema; pero reviste para los becarios la solemnidad de todo un gran descubrimiento, que nos evita el pensar en peligros de posibles enfermedades si nos echamos al río, como también lograr que no sea trasladado el campamento, con la serie de dificultades que lleva tras sí el hacerlo.

Nos duchamos a las siete y media, mientras se hace tiempo para el desayuno, que es servido a las ocho por las camaradas que les corresponde de cocina.

### ¡Trabajadores!

¡Campesino! Es preciso que te vayas dando cuenta de nuestra auténtica situación. En este pueblo de Daimiel hay una banda de grandes terratenientes, quienes a los obreros incultos les decían: «¡Vociferar por las calles en patrullas, que el Gobierno ya ha caído!» ¡Inocentes! Iban diciendo: «¡Trabajadores de la tierra, ya habéis caído en derrota!»

Pero precisa saber que esta incógnita de obreros eran engañados por los burgueses por unos míseros días que los tuvieron en una casa que llamaban comedor, donde les dieron comida cuatro días antes de estar constituido el Gobierno. También les daban varios actos o conferencias, engañándoles y diciéndoles: «Ya veréis cuando nosotros entremos en el Po-

der; tendréis pan, trabajo y paz. Y, además, daos cuenta de eso de los Jurados mixtos; eso es una engañifa, y lo de las Casas del Pueblo; todo desaparecerá, porque es la causa de que paséis hambre.»

Pero ya se están dando cuenta esos obreros inconscientes de que les engañaban, y se vienen a nuestras filas, con sus hermanos de trabajo, que es donde consiguen alguna mejora para su hogar.

¡Trabajadores de la tierra! Suscribíos a nuestro querido semanario EL OBRERO DE LA TIERRA y encontrareis en él las reivindicaciones que tanto deseáis, y así podréis el día de mañana estar delante de esa podredumbre monárquica, que tan oprimidos nos ha tenido.

FRANCISCO ASTILLERO

Daimiel.

## ¡Fiebre que no remite!

No se trata de la de un enfermo, aunque haré su comparación. Me refiero a la fiebre de odio, de persecución y de venganza que la clase patronal y caciquil viene manteniendo en los pueblos con el proletariado, principalmente con los afectos a la Unión General de Trabajadores.

Los que hemos tocado de cerca la vida de los pueblos, sobre todo en estos dos años de nuevo régimen, no podemos permanecer callados ante tal vileza. ¿Qué pretenden con este procedimiento insensato? ¿Que el obrero del agro pierda la paciencia? ¿Pues que no culpen a nadie, sino a ellos, de lo que pueda suceder! Si esa fiebre no les cegase y meditasen un poco se convencerían de que muchos de los que lo tienen lo tienen por el que no lo tiene, y otro sería su proceder con éstos. ¿Qué pide el trabajador? ¡Trabajo! ¿Es delito querer trabajar para comer, para que otros a su vez puedan comer sin trabajar? Sin embargo, todo se les vuelve decir que así no se puede vivir, que los obreros lo absorben todo, y que se están arruinando. ¿Por qué? Cuando durante sesenta años pagaban al obrero con seis reales y ellos se hinchaban de ganar, ¿cómo podían tener tranquilidad su conciencia? ¿Por qué no decían: «Es poco, para lo que yo gano, el jornal que le doy»? ¡Eso no! Es decir, que en dos años de República ya no pueden vivir. ¡Claro! Quisieran lo de antes; y, como dicen algunos: «¡Qué tranquilos vivíamos antes de la República!» Es natural. Sesenta años consecutivos mandando unos y obedeciendo otros. ¿Cómo se iba a regañar! Pero esto se va esfumando, y es lo que a ellos les llega al corazón. Ellos, que eran los dueños de los pueblos y sólo se hacía su voluntad, ¿cómo van a poder sobrelevar esto? ¿Cómo van a consentir que ahora pueda regir los destinos de un pueblo el que pidió una limosna en su casa o fué su criado? Y ése es el caballo de batalla, y, por otro lado, que puedan descubrir en los Ayuntamientos los fraudes que existen en muchos. Alegan que los obreros quieren ir a los Ayuntamientos para comerse los fondos de los mismos. Pero yo digo: Primero hay que verles actuar para saber su proceder; pero lo si está visto y se contesta solo es lo siguiente: Si los obreros no han intervenido jamás en los Municipios y en muchos de éstos faltan bastantes miles de pesetas, si los obreros no se las han comido, ¿quién ha sido?

Yo no niego que el problema de España sea económico y social; pero en lo que afecta a los pueblos es, en su mayor parte, político; veamos, con la ley de Términos municipales, al no poder trabajar los de otro término hasta que estén colocados los de la localidad, ¿no se sabe quiénes son los obreros de ésta? ¡Al dedillo! ¿Por qué muchos no acuden a las Oficinas de Colocación por ellos? Pues muy sencillo; porque en las Oficinas de Colocación están los buenos trabajadores, los aptos, la flor de la juventud, que no necesitan humillarse para saber ganar un jornal; en cambio, están abastecidas sus faenas agrícolas con los que son inútiles para el trabajo, con los viejos y algunos impedidos físicamente—para estos últimos mi mayor consideración—. ¿Que cómo es esto?—dirán algunos—. Por dos razones: porque los que figuran en las Oficinas de Colocación casi todos están asociados y no les interesan—aunque saben les saldría más barato el jornal, siendo más caro—; y los otros, como no están asociados, les pagan con menos jornal y son votos para el día de mañana, que es su ilusión. ¡Votos! ¡Votos!

Otro dato: el campo creo es el mismo—a no ser que haya desaparecido tierra—, ¿no se colocaban siempre todos los obreros, incluso venían extranjeros, para completar las faenas en las diferentes recolecciones? ¿Cómo se explica tanta crisis en el campo? Muy sencillo: porque ellos no miran la peseta; les preocupa la República y esos obreros asociados que puedan llegar a ser concejales o jueces, y dicen: «No dando trabajo a éstos podemos conseguir dos cosas, una como mal mayor y otra como mal menor: la primera pudiera conseguirse sitiándolos por hambre, a ver si se produce un nervosismo y se armase una zapatiesta; y a falta de ésta, la segunda, para que tengan que entregarse y darse de baja en la Sociedad, y son votos

menos en contra y podemos mandar como antes.»

Con razón se ha dicho varias veces que la República no ha llegado a los pueblos; porque si hubiera llegado de verdad no es posible que esta fiebre no hubiese remitido; y no que a estas fechas no sólo no ha remitido, sino que ha cobrado intensidad, y lo que es más grave, que se ha hecho contagiosa.

Está bien que el Gobierno haya querido ser benévolo y tolerante, porque esto ennoblece; pero cuando el que ha de recibirlo no lo agradece, o lo atribuye a debilidad, en ese caso hay que restringir esa benevolencia y esa tolerancia para que no pueda darse lo del cuento aquel, que el que estaba debajo, en el suelo, medio ahogado, dijo al de arriba: «¡Si me sueltas, te perdono la vida!»

A mi juicio, creo aún es tiempo de atajar esta fiebre, ya que esto es muy sencillo, y voy a compararla con la de un enfermo. Supongamos a un médico en una clínica, que se encuentra con un enfermo que al primer momento le reconoce y no diagnostica hasta ver cómo se encuentra al siguiente día. Llegado éste lo ve nuevamente, y observa una fiebre que, a juzgar por el estado general, no concede importancia; y así varios días, ya obligan al médico a meditar sobre la persistencia de la fiebre, y, como es natural, no responde al tratamiento empleado, y es que no es diáfana; pero llega el momento en que descubre su origen, y entonces no vacila en la terapéutica a emplear, teniendo la evidencia plena de que el enfermo ha de ponerse bien rápidamente. Pero cual no será su asombro al encontrarse con que la fiebre sigue latente. Tras de muchos devaneos de cabeza descubre la causa, y es que el enfermo no toma el medicamento, unas veces por imposición suya y otras por no quererle administrar los enfermeros. Pero el médico, en vista de ello, ha tomado las medidas pertinentes al caso.

Pues éste es el caso de estos enfermos, sólo que tenemos la ventaja de que aquí todo está bien definido. Diagnóstico: ¡La República! Tratamiento: ¡Leyes aprobadas para cumplirse! ¿Que el enfermo se niega a tomar el medicamento? Se le administra como mejor proceda. ¿Que es culpa de los enfermeros? (Aquí éstos son bastantes autoridades secundarias.) A tomar, pues, una determinación con ellos.

¿No sería perder el tiempo y ocasionar pérdidas si se construyese una cadena con materiales escogidos para elevar un enorme peso, si en esa cadena hubiese un solo eslabón de hoja de lata? Pues no hay que olvidar que en la cadena de la República no es sólo un eslabón de hoja de lata el que tenemos, sino bastantes. ¿Qué puede ocurrir al tensarse? ¿Que unos son la antítesis de los otros!

En bien de todos, me parece se deberían rectificar conductas, y no querer hacer ver que la situación que se atraviesa es porque los obreros sean los malos, no; yo creo que todo el que piensa así debiera tener sólo una preocupación y decir: ¡Que los obreros no dejen de ser buenos!

Pues a condensar esto y saber conservarlo, ya que, por fortuna, se conserva; que el muro de odio se sustituya por otro de condición más humanitaria.

Y, finalmente, que la lluvia iniciada de la Reforma agraria continúe hasta que se convierta en la lluvia benéfica ofrecida y anhelada, y se demostrará al Gobierno, que la República se consolida por tiempo indefinido; a los que están situados en el plano de burgueses, que no tienen que temer ninguna ola arrolladora, y al agro, que es el sedante de su impaciencia. Porque yo me digo: Si el obrero del agro, amenazado y sitiado por hambre, es el mejor puntal que tiene la República, el día que cada uno pueda tener cien surcos de terreno, ¿quién osará cambiar el rumbo de la República en España?

Si se intentase no habría que hacer sino refrescar la memoria y recordar la Historia para ver lo que hicieron los guerrilleros de 1808, con la particularidad de que muchos lo harían sin tener nada que conservar, con que cada obrero, con su familia, sería un guerrillero que defendería la patria y sus surcos de tierra.

VICTORIANO GARCIA NAVAS

GRÁFICA SOCIALISTA.—San Bernardo, 92.

### COMPAÑERO:

Si conoces la existencia de alguna Sociedad de obreros de la tierra, arrendatarios, colonos, aparceros, etc., que no pertenezca a nuestra Federación, indícanos su dirección.

Tu misión es colaborar a que nuestro organismo nacional sea lo potente que precisa para la defensa de tus intereses de clase.

La organización necesita la ayuda de todos los compañeros.

### CAMARADA:

En cada pueblo rural debe existir una Sociedad de trabajadores de la tierra que luche por la emancipación de sus componentes.

Si sabes de alguna localidad donde no está constituida esta Sociedad y puede organizarse, indícanos el nombre de un compañero que pueda encargarse de su constitución.

De lo demás se encarga nuestra Secretaría.